

Entre la historia y la memoria

Historia y memoria, en su significación más espontánea, tienen en común el convocar al pasado. Traen un pasado al presente y anuncian que, a su vez, este presente se hará necesariamente pasado. Imposibilitados de vivir la inmediatez de todos los tiempos, sólo reconocemos la existencia del pasado por la capacidad de rememorarlo en el presente. Así, el presente se vuelve condición de existencia del pasado. Pero si el pasado depende del presente, no es menos verdad la afirmación inversa: humanamente, el presente sólo es comprensible si puede dar cuenta de que algo lo precedió.

En un sentido riguroso, para la historia y la memoria no hay futuro. Cuando la ficción pretende *recordar el futuro*, retener lo que será, produce al menos dos actos de violencia espiritual cercanos a una transgresión ética: instala el futuro en un tiempo posible de haber sido ya vivido y, como condición obligada del primero, establece el supuesto de que, en alguna hipótesis, el futuro es conocible. La pretensión de recordar el futuro –traerlo a la presencia– disuelve cualquier tipo de responsabilidad por nuestros actos. Si el futuro ya *es*, ninguna actualidad puede condicionarlo; nada nos obliga a responder. Hay una afasia voluntaria que comparte el espacio con la a-moralidad: una de las formas de la anomia.

La idea de que el futuro existe con rasgos determinados no es comparable a la previsión del porvenir que enuncian algunas teorías sobre la historia, ni a las creencias en las que se afirman ciertas experiencias religiosas, ni a la imaginación anticipatoria que pone en juego, a veces magistralmente, la literatura o el cine. Las teorías, las creencias y el arte –así como la adivinación, la profesía o el presagio– no pretenden regresar de un futuro ya consumado. Tampoco la utopía, aunque suele relatar algo presuntamente observado. Pero la utopía –desde su nombre y en sus variadas versiones y discutibles postulados– no propicia ningún engaño. Sólo dice que considera deseable que ocurra, en reemplazo de lo existente, lo que ahora es invisible, “sin-lugar”, utópico. La desmesura que pretendemos poner en evidencia radica en la intención de borrar el presente y la espera de un futuro indescriptible, mediante la mostración de lo que será como algo ya realizado.

Como quien se traslada a un lugar distante y narra, después, lo que ha visto y experimentado, la publicidad más perentoria de nuestros días no hace otra cosa que ofrecer como ya existente lo que sólo debería ser una lejana contingencia. El tormento de las formas verbales no es un mero artilugio que busca sorprender al consumidor: se vuelve un mecanismo eficaz que, con audacia, intenta desmoronar cualquier solidez que pudiera oponerse a los requisitos de un intercambio sin límites ni interrupciones. Las palabras tienden a no reconocer sus fronteras. Se ufanan, más bien, de la pérdida de los territorios propios, de referentes reconocibles, de sentidos compartibles.

Sobre esta insustancialidad se sostiene la idea de mercado, cuya marca, en nuestra época, se expande a casi todas las acciones, colectivas e individuales. Confundidos los tiempos, el presente deja de ser el lugar desde el cual el hombre busca un sentido. El “fin de la historia” no es sólo la caprichosa y lúcida expresión de un ensayista norteamericano que ha visto en el capitalismo generalizado la realización de la *idea* hegeliana. El fin de la historia es pensable luego de un expandido y continuado trabajo de desdiferenciación, de indiferenciación, en busca de una equivalencia generalizada y que encuentra en la digitalización su metáfora y su cifra. El mercado es el lugar de llegada donde todas las cosas, materiales y espirituales, son equivalentes, intercambiables, incluidas aquellas que se las tenía por absolutas.

La Universidad, como parte de un aparato educativo que busca acomodarse a los tiempos, no escapa a las presiones de un mundo que pugna por edificar su imagen globalizada y que muestra, frecuentemente, un rostro mezcla de perplejidad y espanto. Para la Universidad nada es más urgente que pensarse un destino en medio de la incertidumbre. Es posible que haya nacido para ello: para percibir las agitaciones aún cuando recién se insinúan y para mantener una voluntad reflexiva aún cuando la tiente la cómoda actitud de plegarse, simplemente, a los hechos exteriores. La memoria y la historia podrían venir en ayuda de una tarea tan fatigosa como insustituible. En este número de *Estudios* coinciden trabajos vinculados a la historia, cuyos sujetos muchas veces han sido colocados en las antípodas: escritos políticos del Deán Gregorio Funes y ensayos sobre la Reforma Universitaria, aquel movimiento de 1918 que para algunos estaba encaminado a derribar, entre otras cosas, cualquier influencia de la religión –y sobre todo del clero– en los asuntos encomendados a la Universidad.

La historia argentina (y seguramente no es excepción) está cargada de un orden tal de prejuicios que no favorecen el recto entendimiento de los acontecimientos y que, cuando se avanza en su trama, conduce a verdaderas aporías. Lo que se toma como contradictorio suele ser producto del desconocimiento o de la toma de partido previa a cualquier elaboración rigurosa. El peor prejuicio, el que más obnubila, suele estar construido de ignorancia atravesada de soberbia. Prejuicios de esta clase no sólo predisponen a emborronar la comprensión de las palabras y los hechos, sino que se vuelven sordos al murmullo de la vida; arbitrariamente ciegos.

Hay duros esquemas que se instalaron en la historiografía nacional y se repiten mecánicamente. Ahorran el esfuerzo de entender. El encasillamiento entre progresistas y conservadores es una de las simplificaciones más evidentes. A partir de semejantes presupuestos resulta poco comprensible la respetuosa y sólida vinculación intelectual que se estableció entre Mariano Moreno, el vigoroso publicista de la Revolución de Mayo, impregnado de ardores jacobinos, y el reflexivo aunque no menos fogoso Deán de la Catedral de Córdoba. Una interpretación sustentada en la común tradición iluminista de ambos personajes arrojaría más saber que una rotulación inadvertida.

El equívoco se repite en nuestro tiempo ante la Universidad en crisis. ¿Qué significan las posiciones progresistas o conservadoras? Si se trata de mantener algunas

prácticas que instauraron la Universidad como centro de pensar no obediente a los dictados de un empirismo trivial ni a las condescendencias de la moda, ese espíritu conservador, ¿no representa una valiente y arriesgada conducta de los hombres más avanzados? Por el contrario, si una mocha mirada del progreso celebra y propicia un sistema de estudios que sólo mide lo utilitario, que se somete sin crítica a una organización social carente de otros valores que no sean los expresados en signos monetarios, ese progreso, ¿no se parece más bien al desfallecimiento de la dignidad humana?

Pero, se dirá, ¿es posible una lectura desprejuiciada? ¿es posible, acaso, partir de una nada valorativa? ¿existe algún razonar cuya identidad no influya en la comprensión de aquello sobre lo que se aplica? De lo que se trata, tal vez, es de aceptar, y no rechazar, que existen siempre algunas convicciones, algunas creencias que influyen sobre nuestras maneras de observar. Desde allí —desde tal reconocimiento— sería más fácil evitar los engaños que se instalan en la acción de conocer y que se transforman en velos oscurecedores del conocimiento. En el límite, si descartamos la posibilidad de una mirada virginal que a la vez sea inteligente, es decir, si aceptamos la imposibilidad de evitar alguna forma de prejuicio, nos obligaríamos, más bien, a prestar atención al tipo de prejuicio con que nos empeñamos en algún conocimiento. Los obstáculos señalados no deberían confundirse con una actitud escéptica. Queda, por supuesto, la inconclusa (¿inconcluible?) meditación sobre la naturaleza del pensar humano si los pre-juicios son condición de ese pensamiento. En el orden de la historia, la consideración del tipo de prejuicio debería acompañarse con la multiplicación de cuidados en la documentada verificación de los hechos. Una historia que se consolida sobre la base de afirmaciones falsas y a la vez verosímiles, es el verdadero camino que conduce al escepticismo.

Aunque resulte aventurado, no parece un despropósito postular que la memoria rescata el conjunto de pre-juicios colectivamente compartidos. Herencia común que, al transmitirse, identifica una cultura. Desde allí, desde la memoria, se piensa la historia y sin embargo la relación entre una y otra no deja de ser paradójica. Si bien la memoria se sustenta en la historia, donde recupera los elementos para consolidar una tradición, no la examina a partir de la verdad “objetiva” de los datos que le aporta. La historia, por su parte, se despreocupa del acto de “construir” una tradición aún cuando participa activamente en ese acto. La memoria tiene que ver con una aptitud de la voluntad. Su raigambre es ética, alienta el actuar consciente desde algunos principios. La historia carga con la responsabilidad de alimentar la memoria, pero su obligación es la verdad. La llamada “memoria colectiva”, que de ninguna manera debería confundirse con cierto fatalismo innato de un grupo o una raza, *elige* qué recordar de acuerdo a magnitudes que se sostienen en valores compartidos por el conjunto. Esto quiere decir que la memoria colectiva suele legitimarse a sí misma y que no necesariamente coincide con la historia en la importancia otorgada a los hechos que registra. Y, sin embargo, esa memoria requiere clausurar cualquier posibilidad de negar lo que ha sido demostrado.

La memoria, si bien no está exigida a probar nada, salvo su propia existencia, no es

ajena a las categorías de verdad o falsedad, piedra de toque que obliga sin atenuantes al historiador. Por sí misma, la historia, por más verdadera que sea, es incapaz de sustentar conductas y en ese sentido –a pesar de cierta afirmación común– no enseña. Lo que perdura y señala caminos, es la memoria. En ese extraño sentido la memoria está antes que la historia. Clío es hija de Mnemosine. La memoria es el espacio previo, tal vez inconocible, donde la historia se hace posible.

HÉCTOR SCHMUCLER